
La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción

Feminist economics. A look at the concept of reproduction

Teniendo como hilo conductor la idea de reproducción, el artículo sigue el itinerario de los principales debates, desafíos y problemas que han desplazado conceptualmente a la economía feminista, desde la discusión sobre el trabajo doméstico hasta la idea más reciente de sostenibilidad de la vida. Se inicia con una crítica a los esquemas reproductivos elaborados por algunas escuelas en economía, se sigue con la recuperación del trabajo doméstico, los esquemas producción-reproducción, la idea de reproducción social y el concepto de sostenibilidad de la vida. Se acaba con un epílogo donde se plantea la necesidad de diálogo entre las distintas economías que están alineadas por el mismo objetivo de sostenibilidad de la vida.

Ugalketaren ideia haria izanik, artikuluan ekonomia feministaren kontzeptura eraman gaituzten eztabaida, erronka eta arazoan ibilbidea jarraitzen da artikuluan: etxeko lanei buruzko eztabaidatik hasi, eta bizitzaren iraunkortasunaren aldeko ideia berrienera joanez. Hasteko, ekonomiako eskola batzuek egindako ugalketa-eskema batzuk kritikatzeko dira; gero, etxeko lanak berrekuratzeko dira, ekoizpena-ugalketa eskemak, ugalketa sozialaren ideia eta bizitzaren iraunkortasunaren kontzeptua. Bukatzeko, epilogo bat dago, non proposatzen den beharrezko dela bizitzaren iraunkortasunaren helburuaren alde dauden ekonomia mota desberdinen arteko elkarrizketa.

Taking as a thread the idea of reproduction, the article follows the itinerary of the main debates, challenges, and problems that have conceptually displaced feminist economics from the discussion on domestic work to the most recent idea of sustainability of life. It begins with a critique of reproductive schemes developed by some schools in economics, continues with the recovery of domestic work, production-reproduction schemes, the idea of social reproduction and the concept of sustainability of life. It ends with an epilogue where arises the need for dialogue between economies that are for the same objective of sustainability of life.

Índice

1. Introducción
2. Los antecedentes: una herencia contaminada
3. El expolio: la irrupción del trabajo doméstico en los procesos de reproducción (social)
4. Capital-vida: un conflicto (con mayúscula)
5. Ruptura y sostenibilidad: la vida en el centro
6. Epílogo: los diálogos necesarios

Referencias bibliográficas

Palabras clave: Economía feminista, reproducción, sostenibilidad de la vida.

Keywords: Feminist economics, reproduction, sustainability of life.

Nº de clasificación JEL: B54, J16, I30.

1. INTRODUCCIÓN

La economía feminista tiene una premisa clara: no nos gusta la realidad socioeconómica y, por tanto, deseamos cambiarla¹. Sin embargo, cualquier propuesta de cambio social requiere primero un conocimiento del funcionamiento de la realidad que se desea transformar para poder indagar en los problemas más relevantes, los mecanismos más adecuados y las alianzas necesarias, que hagan posible experimentar el inicio de esa transformación hacia los objetivos propuestos.

A lo largo del camino recorrido en estas últimas décadas, la economía feminista se ha caracterizado por plantear rupturas con una serie de conceptos definidos desde la economía oficial dominante; rupturas que no responden a un prurito conceptual sino a un posicionamiento político: hace ya tiempo que aprendimos que la definición, y por tanto la utilización que se hace de determinados conceptos, no es neutra sino que presenta un marcado sesgo androcéntrico. Así, hemos debatido y

¹ La economía feminista no es un pensamiento único. Pero no es este el lugar para entrar a debatir sus distintas interpretaciones. Estas se pueden ver en Pérez Orozco, (2006a). En este texto hablaré desde la perspectiva con la que me identifico, conocida como economía feminista de la ruptura.

reconceptualizado los términos de trabajo, producción, tiempo, cuidados, bienestar, dependencia, reproducción; por nombrar algunos.

Me ha parecido interesante, entonces, hacer un recorrido conceptual de la economía feminista tomando como hilo conductor la idea de reproducción². Realizar el análisis desde la óptica de la reproducción responde a la potencialidad analítica que presenta el concepto, ya que posibilita identificar y reflexionar sobre los distintos elementos de los cuales depende la continuidad de una sociedad y el bienestar de su población. El interés de este recorrido es fundamentalmente político: dar visibilidad a los trabajos realizados por las mujeres junto a los procesos de desposesión a que han sido sometidos, rescatar su relevancia humana y social, y romper con una historia de marginación y olvido.

En esta travesía, la economía feminista se ha ido desplazando conceptual y políticamente de la discusión sobre el trabajo doméstico a la idea más reciente de sostenibilidad de la vida, ambos conceptos debatidos con más intensidad desde los movimientos sociales y laborales que desde la academia, por tanto, con fuerte carga política. Los primeros debates pretendían un reconocimiento del trabajo doméstico como trabajo, lo cual tenía serias implicaciones políticas, poniendo en cuestión las teorías marxianas. El concepto de sostenibilidad de la vida –además de requerir aún mayor estudio y discusión– nos enfrenta a la necesidad de perfilar cuáles son las economías cercanas, que al menos en principio mantienen el mismo objetivo que la economía feminista, para intentar diálogos y acciones conjuntas absolutamente necesarias si deseamos una transformación social hacia una sociedad más equitativa y más vivible.

Soy consciente de la dificultad del enfoque planteado porque, a pesar de la potencialidad analítica del concepto de reproducción (social) –heredado originalmente de los pensadores clásicos– ha sido formulado y reformulado continuamente desde distintas perspectivas, lo cual lo transforma en una idea confusa al no responder a un significado claro. Dificultad, por otra parte, comprensible, ya que representa un tema complejo que implica aspectos y/o ámbitos diversos: recursos naturales, trabajos varios, aspectos biológicos, educativos y/o sanitarios, elementos materiales, subjetivos, de relaciones, ideológicos, de poder, etc.

El artículo se desarrolla en cinco apartados y un epílogo. Se inicia el recorrido recuperando los esquemas reproductivos elaborados por algunos pensadores clásicos, y continuados por la escuela *raffiana* durante el siglo XX. Lo llamo herencia

² Hace diez años publiqué, en un libro coordinado por María Jesús Vara (2006), un capítulo titulado *La economía feminista: una apuesta por otra economía*, en el que se realizaba un recorrido por las distintas temáticas tratadas hasta ese momento por la economía feminista. En esta oportunidad, podría haber continuado dicho itinerario a través de los avances realizados durante la última década, pero me ha parecido más sugerente cambiar el enfoque. La perspectiva adoptada en este texto no es necesariamente cronológica, sencillamente porque las rupturas conceptuales y el desarrollo del conocimiento nunca lo son, no pueden serlo: los conceptos y las ideas surgen, se solapan, retroceden, avanzan, etc.

contaminada porque su concepto de reproducción esconde todo el trabajo realizado fuera del mercado, necesario precisamente para la reproducción social. Al segundo apartado lo denomino el expolio, porque recoge los debates de los años sesenta y setenta, donde fundamentalmente se denuncia y visibiliza el expolio que realiza el sistema económico del trabajo doméstico, considerado un trabajo de mujeres. El tercero da cuenta del conflicto, con mayúscula, capital-vida, al cual se llega desde el concepto de reproducción social, que incluye el trabajo de los cuidados. El último apartado, ruptura y sostenibilidad, por una parte muestra la insostenibilidad del sistema socioeconómico actual, y por otra plantea una ruptura desplazando el objetivo del beneficio al de centralidad de la vida. Acaba el artículo con un epílogo, no incluido en el recorrido de la economía feminista, ya que aún está por escribirse. Se trataría de los diálogos necesarios a establecer entre las distintas perspectivas, que están por construir un mundo más vivible que incluya a toda la población mundial.

2. LOS ANTECEDENTES: UNA HERENCIA CONTAMINADA³

El enfoque reproductivo en economía es muy antiguo. La idea original se encuentra en el *Tableau Economique* de Quesnay, quien –basándose en sus conocimientos de medicina– en 1758 describe la economía como flujos de bienes y dinero, mostrando que el proceso es continuo porque reproduce sus propias condiciones. De acuerdo con Pasinetti (1983), hay dos ideas en el esquema de Quesnay que se manifiestan continuamente en los desarrollos posteriores: la idea de excedente y la idea de actividad económica como proceso circular que, además de producir un excedente, reproduce los bienes materiales consumidos durante el proceso productivo, para así poder continuar la actividad durante el periodo siguiente. En el esquema se encuentra por primera vez una identificación entre clases sociales y actividad económica.

Posteriormente, economistas clásicos, fundamentalmente David Ricardo y Karl Marx, retomaron la idea. Con sensatez y visión holística de la realidad, enfocaron el análisis económico basándose en características reproductivas, entendiendo que los sistemas socioeconómicos –para poder permanecer– necesitan reproducir sus propias condiciones de reproducción. Discutieron las condiciones materiales para que un sistema social tuviese continuidad, si estas no existiesen estaría en peligro la propia subsistencia de la comunidad.

Ricardo tuvo también en consideración las aportaciones de la naturaleza a los procesos productivos, planteando que el crecimiento económico no era infinito debido a la escasez de recursos naturales. Marx, al desarrollar esquemas de reproduc-

³ En este apartado solo realizaré unas brevísimas consideraciones de las escuelas clásica y sraffiana en lo referido a los aspectos que nos interesan de su idea de reproducción. Por descontado que no es el objetivo de este artículo el análisis y la discusión a fondo, no ya de todas las aportaciones de dichos pensamientos en el terreno de la economía, sino ni tan siquiera de su concepto de reproducción.

ción simple y ampliada, que implica –este último– crecimiento económico, hizo suya la idea de Ricardo, sosteniendo que el capitalismo acabaría autodestruyéndose precisamente por ser un sistema depredador de la naturaleza. Pero aún fue más allá y acuñó el concepto de metabolismo social, de acuerdo al cual los bienes fondo y los flujos de materia y energía de los sistemas naturales se transforman en recursos naturales a través de complejos procesos que nos permiten finalmente utilizarlos para satisfacer nuestras necesidades (Carrasco y Tello, 2011).

En relación al trabajo y a la producción mercantil, Marx desarrolló la idea de plusvalía y de acumulación capitalista, y especificó la necesidad de reproducir la fuerza de trabajo para poder repetir el proceso de trabajo día a día, incluyendo en este proceso la reproducción generacional. De esta manera, estaba planteando que las condiciones de producción son a la vez las de reproducción, reconociendo además que los procesos de reproducción integraban una lógica de desigualdad y explotación. La reproducción del capital reproduce las condiciones políticas, sociales, institucionales y culturales que aseguran la desigualdad y permiten su acumulación⁴.

Para Marx, la acumulación originaria fue una premisa para el surgimiento del capitalismo, cuyo funcionamiento basado en la explotación permitiría continuar posteriormente con el proceso de acumulación. Harvey (2004, 2012) sostiene que los procesos de crisis del sistema –o cómo se resuelven las crisis– son verdaderos procesos de «acumulación originaria» o acumulación por desposesión (programas de ajustes estructurales, políticas de austeridad, etc.) cuyas consecuencias son privatizaciones, reducciones del sector público, caída de los salarios y del empleo..., y en breve un empobrecimiento brutal de una parte importante de la población.

Pero en su idea de acumulación, Marx nunca tuvo en consideración todo el trabajo realizado desde los hogares, básicamente por las mujeres y absolutamente necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Solo incluía los bienes adquiridos en el mercado y, por tanto, la fuerza de trabajo aparecía autorreproduciéndose automáticamente con el salario (Marx, 1976). Como consecuencia, el trabajo doméstico y de cuidados tampoco quedaba incluido en su concepto de plusvalía. De esta manera, dicho trabajo –que cae fuera del espacio mercantil– se hará invisible no solo a ojos de la sociedad, no solo en el simbólico social, sino que desaparecerá en el proceso de acumulación. La fuerza de trabajo reproducida desde los hogares y entregada al capital por debajo de su valor esconde así una enorme cantidad de trabajo realizado por las mujeres, que pasa a formar parte de la acumulación continua del capital.

Ahora bien, solo se puede entender como una enorme ceguera patriarcal que estos economistas –ilustrados, sensatos y estudiosos de la realidad social y de los procesos de reproducción y de acumulación– no tuvieran en cuenta en sus análisis el

⁴ Algunos autores señalan que Marx no utilizó el concepto de reproducción social, concepto que habría sido concebido posteriormente para rebatir una idea de reproducción ligada a la economía o al capital que excluía el referente de las prácticas sociales (Dowbor, 1994).

trabajo doméstico y de cuidados, necesarios para la subsistencia de los trabajadores y sus familias. Smith reconoce la importancia del trabajo realizado desde los hogares para la supervivencia de las criaturas y la reproducción económica familiar, pero no le otorga categoría económica. De hecho, sostiene que el trabajo de las personas libres llega a ser más barato que el realizado por esclavos, ya que los gastos de mantenimiento de estos últimos corren por cuenta del amo; con lo cual está reconociendo el papel necesario del trabajo realizado desde los hogares (Smith 1994).

Herederos de esta tradición clásica son los autores de la llamada escuela sraffiana, que tiene su desarrollo durante el siglo XX. El nombre hace referencia a Piero Sraffa como principal exponente de dicha escuela. El título de la obra básica de Sraffa, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, apunta claramente hacia dónde se dirige su análisis: una producción cíclica donde las mercancías –manteniendo ciertas proporciones– pueden ser *inputs* y *outputs* de los procesos productivos. Sin embargo, también el título ya nos señala que su preocupación se centrará en las mercancías y no en los recursos provenientes de la naturaleza, ni en los aspectos no mercantiles necesarios para reproducir la fuerza de trabajo, necesaria a su vez para la producción de mercancías.

Posteriormente, otros economistas de esta escuela como Alfons Barceló sostendrán una idea más amplia de reproducción. «Postulamos que la reproducción de las relaciones sociales de producción, junto con la de sus soportes humanos y los objetos útiles (medios de producción y bienes de consumo) en el marco de un medio natural también afectado por procesos cíclicos análogos, constituye el concepto clave para alcanzar una representación científica de los fenómenos humanos y para dilucidar en alguna medida su estructura y sus tendencias. Para describir estos rasgos utilizaremos la expresión más breve de *reproducción social*»⁵ (Barceló, 1981: 34). Esta definición reconoce que las sociedades humanas producen y reproducen sus condiciones materiales de existencia a partir de su metabolismo con la naturaleza, consiste en una relación transistémica que traspasa las características históricas de la formación social. Sin embargo, tampoco en este análisis encontramos una consideración a los trabajos que caen fuera del mercado, ya que su ley básica sostiene que «Todo sistema económico está... definido... por la noción de *reproducción de hombres y bienes por medio de hombres y bienes con el concurso (y subsiguiente modificación) de los recursos naturales*»⁶ (Barceló, 1981: 57).

Como se puede observar se utiliza el genérico hombres, que más adelante se traduce en fuerza de trabajo, pero sin discutir los términos ni los requisitos para su reproducción. Finalmente, interesa mencionar un aspecto que queda, al menos, diluido en la llamada escuela sraffiana, que es la explotación, tema que para Marx fue

⁵ En cursiva en el original.

⁶ En cursiva en el original.

fundamental: una relación social entre dos clases sociales. En los modelos *sraffianos* las desigualdades se vislumbran al tratar los temas referidos a la distribución, pero no se plantean en términos de explotación.

Ahora bien, hay que reconocer que estos economistas, al contrario de los economistas neoclásicos preocupados por los equilibrios de mercado, mantienen la necesidad de enfocar la economía desde la óptica de la reproducción. Un principio que podemos considerar universal, en el sentido de que remite a un aspecto elemental: si no se dan las condiciones de reproducción, la sociedad no tiene asegurada su continuidad. La permanencia de una sociedad depende de las posibilidades que tenga de reproducir a su población, a los bienes y servicios necesarios para su manutención y a los *inputs* necesarios para reiniciar continuamente los procesos de producción. Todo ello, manteniendo una relación de *ecodependencia* con la naturaleza que resulte perdurable y universal desde el punto de vista de los recursos naturales y ambientales, que heredarán las generaciones futuras. Una sociedad incapaz de reproducir sus propias condiciones de reproducción está condenada –antes o después– a su desaparición.

Pero los procesos de reproducción no necesariamente reproducen el sistema de manera idéntica a como existía antes del ciclo, de hecho, en los esquemas de reproducción ampliada de Marx el sistema ya se modificaba. De alguna manera, los procesos de reproducción quedan vinculados a la dinámica de la lucha y el conflicto, lo cual no permite considerarlos en términos estáticos o eternamente repetitivos. Los sistemas poseen elementos de estabilidad pero también elementos de cambio, de ruptura, lo que impide entenderlos de una manera mecanicista. Los sistemas económicos, en nuestro caso el capitalismo, no es una máquina sino una relación social, y como tal, sujeto a contingencia, conflictos, y en particular a las acciones humanas que actúan produciendo y reproduciendo su vida económica y social, modificándose a sí mismas y a la estructura relacional en que se hallan inmersas (Barceló, 1981; Arruzza, 2016).

En definitiva, con la formulación de sus teorías de la reproducción, los pensadores clásicos y *sraffianos* contribuyeron, por una parte a establecer una forma fértil de análisis de la economía, con una determinada capacidad explicativa, pero por otra a consolidar y legitimar una visión patriarcal de lo denominado económico, que margina e invisibiliza el trabajo realizado básicamente por las mujeres fuera del mercado, absolutamente necesario para el mantenimiento de la vida, la reproducción social y la acumulación capitalista. Es un proceso que no es un simple «olvido», sino la marginalización del conflicto. La ocultación del trabajo doméstico y de cuidados ha despolitizado las tensiones que tienen lugar fuera del mercado. Al naturalizar la división sexual del trabajo, consideraron como único conflicto social el que tiene lugar en el marco de la producción capitalista. De ahí que la conceptualización de trabajo y economía manejada por los pensadores clásicos –criticada por la economía feminista– estableciera una identificación simbólica trabajo-empleo.

Lo preocupante es que esta situación de ocultación del trabajo doméstico y de cuidados se mantiene actualmente. Y ha sido legitimada dentro de un paradigma económico androcéntrico, centrado en las esferas masculinizadas de valoración de capital. Pero sabemos que lo que no se visibiliza no se discute en el terreno de lo político, por lo que las relaciones heteropatriarcales se relegan a un conflicto familiar a resolverse en el hogar. Situación que oculta la intrincada estructura que se establece entre las distintas relaciones de poder (en nuestro caso, fundamentalmente capitalistas y heteropatriarcales). De ahí las dificultades para establecer diálogos transformadores, «esto muestra de forma tremendamente elocuente la limitada potencia de toda lucha anticapitalista» (Pérez Orozco, 2014: 203).

3. EL EXPOLIO: LA IRRUPCIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO EN LOS PROCESOS DE REPRODUCCIÓN (SOCIAL)

En los años sesenta la edad de oro del capitalismo comienza a vivir una serie de turbulencias, se cuestionan rasgos fundamentales de la modernidad que el sistema había naturalizado: el materialismo, el consumismo, la ética del triunfo, la represión sexual, el sexismo. Se conforman nuevos movimientos sociales: movimiento *hippie*, antiguerra de Vietnam, movimiento estudiantil francés, movimientos de «liberación» en América Latina, etc. y, entre ellos, con fuerza, el movimiento feminista. Las feministas mostraron el profundo androcentrismo de la sociedad capitalista. Al politizar lo personal expandieron los límites de la protesta para incluir el trabajo doméstico, la sexualidad y la reproducción (Fraser, 2015).

En este contexto, aunque con antecedentes más tempranos, surge con fuerza el debate sobre las distintas dimensiones del trabajo doméstico, siendo una de las más relevantes la participación del trabajo doméstico en la reproducción de la fuerza de trabajo y, por tanto, en la «producción de plusvalía». Una actividad realizada fundamentalmente por las mujeres que debe ser reconocida como trabajo y que se manifiesta vital para el sostenimiento del capitalismo. Las mujeres, como amas de casa, ya no constituirían algo diferenciado y ajeno al sistema productivo capitalista, sino que se convertirían en parte constitutiva de él, aunque oculta, y desde esa invisibilidad sostendrían el entramado de la economía productiva en el sentido capitalista (Galcerán, 2009).

Es una situación que Dalla Costa (1977) nombra por primera vez desde el feminismo, y que años más tarde Mies (1984: 17) lo generaliza a la situación de las colonias en su crítica al capitalismo: «La estrategia de dividir la economía en sectores “visibles” e “invisibles” no es nueva en absoluto. Ha sido el método del proceso de acumulación capitalista desde sus orígenes. Las partes invisibles...(…) constituyeron los fundamentos de la economía visible»⁷. Actualmente, la idea se ha recuperado utilizando la metáfora del iceberg, cuyas zonas invisibles serían fundamentalmente

⁷ Citado en Ezquerro (2012: 129).

los recursos obtenidos (o expropiados) de la naturaleza y el trabajo de cuidados, y los visibles el mercado capitalista, la economía financiera y el Estado⁸.

En estos debates fueron determinantes las aportaciones del movimiento feminista italiano y, entre ellas las de Mariarosa Dalla Costa. Para esta autora, el capitalismo destruyó la familia precapitalista y estableció una división entre trabajadores asalariados y no asalariados, siendo ambos explotados por el capital, unos directamente y otros indirectamente: «tenemos que dejar claro que ahí donde rige el salario, el trabajo doméstico no solo produce valores de uso sino que es una función esencial en la producción de plusvalía» (Dalla Costa, 1977:39), es decir, el valor del que hablaba Marx no se crea solo en el trabajo que produce directamente mercancías, sino también en el trabajo que produce y reproduce la fuerza de trabajo. Esta última no se crea ni se desarrolla de forma natural, debe ser producida y reproducida como condición básica y necesaria para la reproducción del sistema socioeconómico.

La discusión llevó directamente a plantear el carácter esencial o necesario del trabajo doméstico para el capitalismo, basado en el papel fundamental que juega en la reproducción de la fuerza de trabajo, «...el capitalismo nunca ha satisfecho totalmente las necesidades de los trabajadores a través de la producción de mercancías; y es por ello que ha mantenido el trabajo doméstico, que ha asumido una parte importante de la reproducción y mantenimiento de la fuerza de trabajo» (Gardiner, 1975: 86). Así, «la invisibilidad del trabajo doméstico esconde el secreto de toda la vida del capital: la fuente del beneficio –el trabajo no asalariado– debe ser degradado, naturalizado, considerado un aspecto marginal del sistema» (Caffentzis, 1999: 176).

En definitiva, nos encontramos ante un punto de inflexión en la forma de mirar el trabajo de las mujeres en los hogares: de ser un servicio para los hombres, una actividad realizada «por amor», un supuesto deseo de las mujeres de ser la «perfecta casada», se llega a establecer por primera vez que la supervivencia del sistema capitalista depende de un trabajo –el doméstico– «productor» de plusvalía. Se comienza a visibilizar el expolio (en palabras de Federici, 2010) que hace el sistema capitalista con el trabajo realizado desde los hogares. La acumulación capitalista se entendería como un proceso continuo de desposesión del trabajo doméstico, en el sentido de la apropiación que realiza el capital de dicho trabajo para su reproducción y que varía en intensidad según el momento socioeconómico, pero siempre creando pobreza y sufrimiento humano.

Algunas autoras señalan este planteamiento como el punto de partida de la economía feminista (Picchio, 1992). El trabajo realizado desde los hogares se convierte así en el nexo entre el ámbito doméstico y la producción capitalista, nexo que debe permanecer oculto para, por una parte facilitar el expolio del trabajo no asalariado

⁸ La utilización de la figura del iceberg para simbolizar la insostenibilidad del sistema la trataremos más adelante.

por el capital, y por otra hacer posible formas de distribución de la renta, la riqueza y el tiempo de trabajo muy desiguales de acuerdo al sexo/género, que tiene distintas consecuencias en las vidas de mujeres y hombres.

La visibilización de la estrecha relación entre la producción de mercancías y el trabajo doméstico condujo a intentos de analizar la producción material y la reproducción humana como subsistemas constitutivos de un sistema social, o como modos de producción y reproducción respectivamente, ambos situados al mismo nivel conceptual, relacionados entre sí como entidades teóricas separadas con una cierta autonomía relativa y estructurados bajo distintas relaciones y condiciones de reproducción (Humphries y Rubery, 1984; Bryceson y Vuorela, 1984; Carrasco, 1991)⁹. Planteamientos, todos ellos que recogían elementos de los sistemas reproductivos sraffianos y de las aportaciones del debate sobre el trabajo doméstico. Cabe destacar que, a pesar de que se estipulaba que ambos ámbitos se situaban al mismo nivel, ya se planteaba la mayor importancia de la vida humana, pero como condición necesaria de permanencia y no tanto como objetivo en sí misma, tal como sostiene actualmente la economía feminista. «Sin embargo, la reproducción de la vida humana, integrada dentro de la reproducción social, es el objetivo último, la condición de posibilidad de la reproducción de cualquier sistema social» (Carrasco, 1991: 303).

Las ideas anteriores tomaron cuerpo en el llamado «esquema producción-reproducción», que en su momento fue útil y clarificador porque colaboró con la visibilización del trabajo doméstico, pero presentaba un problema: reproducía la antigua dicotomía liberal denunciada por Pateman (1966), desvirtuaba la realidad y dificultaba el análisis desde el objetivo de las condiciones de vida de la población.¹⁰

Recuperar la parte “invisible” de la realidad significó nombrarla. La variedad de términos utilizados desde entonces dan cuenta de lo complejo del proceso y de los posicionamientos teóricos y políticos. La terminología para designar un concepto no es gratuita, las palabras son reflejo de la realidad que se quiere mostrar. Así, a lo largo de la recuperación de este trabajo oculto y de la recuperación de sus funciones han ido surgiendo distintas denominaciones que pudieran darle significado.

⁹ El papel del trabajo doméstico también se estudió en una aproximación cuantitativa valorando los distintos recursos que utilizan los hogares para su subsistencia (dinero, servicios públicos y trabajo doméstico) y discutiendo, según niveles de renta, la participación que representa cada uno de ellos en el proceso de reproducción del hogar (Carrasco *et al.*, 1991). Análisis que sería interesante repetir periódicamente para ver los posibles cambios en los procesos de reproducción y, por ejemplo, actualmente poder observar los efectos de la crisis sobre los recursos utilizados por los hogares para su subsistencia. Lamentablemente no existe la información necesaria para realizar este tipo de análisis.

¹⁰ De acuerdo con la crítica a la dicotomía público-privado realizada originariamente por Pateman, lo que se ocultaba tras el nuevo orden social presentado como universal e igualitario, era la rígida distribución de roles entre los sexos y la desigualdad que ello implicaba, quedando las mujeres en una situación de sujeción a los hombres. La oposición entre esfera pública y esfera privada reflejaba entonces una oposición desigual entre mujeres y hombres. Las mujeres quedaban excluidas del pensamiento liberal bajo un falso universalismo (Pateman, 1996; Del Re, 1998; Agra, 1999).

Es un tema no solo semántico, sino que representaba el interés por delimitar las actividades que comprendía el concepto y su posición y valoración social.

Clara consecuencia del esquema producción-reproducción fue la utilización de los términos «trabajo de reproducción» o «trabajo reproductivo», denominación que aún no se ha abandonado y que, sin embargo, presenta una serie de problemas. Por una parte mantiene la visión dicotómica productiva-reproductiva, terminología que acentúa la separación de los dos ámbitos reconociendo que los trabajos son actividades diferentes y separadas que se realizan de forma paralela. Más aún, la actividad con definición y valoración propia continúa siendo la productiva y la otra, la reproductiva, solo puede existir en la medida que se refleja en la anterior. Se constata entonces que el enfoque producción-reproducción no permite escapar de la dimensión patriarcal. Y por otra, había un problema con la disciplina económica. Como hemos visto en el apartado anterior, en economía se ha desarrollado el denominado enfoque reproductivo, perspectiva que tiene en cuenta no solo los procesos productivos sino también las condiciones de reproducción de dichos procesos: se produce y se reproduce (para el mercado), producción y reproducción de mercancías son parte de un mismo proceso. De ahí que no parezca adecuada la denominación «trabajo reproductivo». De hecho, por una parte, en los hogares también se produce: comida, ropa, servicios, etc., dependiendo su diversidad en cantidad y calidad básicamente del nivel de renta del hogar, y por otra, cierta producción de mercado, y algunos servicios públicos participan de la reproducción de las personas¹¹.

En definitiva y volviendo al esquema producción-reproducción, en mi opinión, había algunos determinantes que exigían trascender la dicotomía: el esquema no permite comprender y profundizar en las relaciones dinámicas entre ambos trabajos y ambos espacios, no permite entender los procesos de producción, reproducción y trabajo como un solo proceso mucho más complejo cuyo objetivo debiera ser la satisfacción de las necesidades humanas, por tanto, ensombrece el hecho de que el eje central

¹¹ Otra denominación del trabajo realizado desde los hogares ha sido el trabajo no remunerado. En relación a este término, hay un debate que sigue pendiente desde la primera formulación de Dalla Costa y James (1977). Sobre este debate –aunque no es exactamente el tema de este artículo– me gustaría hacer una breve anotación. En primer lugar, cuando Dalla Costa y James plantearon el tema lo hicieron en términos de un «salario por el trabajo doméstico», lo que significa que si una persona hace trabajo doméstico pero participa también en el mercado laboral, debiera recibir dos salarios: dos salarios por dos trabajos. Otra situación muy distinta es el «salario para el ama de casa», con el que se entiende se hace referencia a una ama de casa a tiempo completo. En este caso, no se trataría de un salario, no se estaría remunerando un trabajo, sino que se trataría de una transferencia para que la persona permanezca en casa. Consideremos, como ejemplo, dos casos extremos. Primero, una mujer ama de casa a tiempo completo. Esta mujer realiza trabajo doméstico y a cambio recibe su subsistencia. Subsistencia que dependerá no del trabajo que haya realizado, sino de la clase social y de la voluntad del marido. Por tanto, no se estaría remunerando el trabajo, no sería un salario sino una especie de transferencia. Lo cual permitiría realizar un análisis por clases sociales. Por otra parte, si consideramos una mujer que vive sola, trabaja en el mercado y realiza el trabajo doméstico de su hogar, en este caso ella se estaría autoremunerando su trabajo en casa ya que se apropia del producto. El análisis de cada situación permitiría observar hacia dónde circulan las transferencias de trabajo, dinero y especies cuando las personas viven en pareja.

de la sociedad debiera ser la compleja actividad realizada desde los hogares que permite a las personas crecer y desarrollarse como tales. Queda ambiguo el expolio del trabajo doméstico que significa el proceso de acumulación de capital; la violencia que este ejerce no solo sobre el trabajo que realizan las mujeres desde los hogares, sino también sobre otras formas de trabajo no monetarizadas y sobre la naturaleza.

4. CAPITAL-VIDA: UN CONFLICTO (CON MAYÚSCULA)

Siguiendo el hilo argumental del artículo, nos detendremos en un concepto confuso pero relevante: el de reproducción social. La idea de reproducción social es un concepto más potente y más inclusivo de distintos trabajos y procesos. Como he señalado al inicio, dicho concepto ya había sido utilizado por algunos autores sraffianos para designar los distintos elementos que habría que considerar en los procesos de reproducción. En el marco de la economía feminista, el concepto surge en los años sesenta y setenta desde el feminismo italiano, es anterior al esquema producción-reproducción aunque con un desarrollo posterior y sin que se haya generalizado entre las autoras que han tratado el tema.

Actualmente la idea más amplia que se maneja entendería la reproducción social como un complejo proceso de tareas, trabajos y energías cuyo objetivo sería la reproducción biológica (considerando las distintas especies y su estructura ecológica) y la de la fuerza de trabajo. Incluiría también las prácticas sociales y los trabajos de cuidados, la socialización y la satisfacción de las necesidades humanas, los procesos de relaciones sociales que tienen que ver con el mantenimiento de las comunidades, considerando servicios públicos de sanidad, educación y transferencias que redujeran el riesgo de vida. Un concepto que permite dar cuenta de la profunda relación entre lo económico y lo social, que no separa producción y reproducción, que sitúa a la economía desde una perspectiva diferente, otorgando prioridad a las condiciones de vida de las personas, mujeres y hombres.¹²

La diferencia del feminismo con otras corrientes de pensamiento que han tratado con el proceso de reproducción social es la consideración de los trabajos de cuidados realizados desde los hogares como parte relevante del proceso. La conceptualización de los procesos de reproducción social no integraba el cuidado como aspecto constituyente y fundamental hasta que fue visibilizado y nombrado desde el feminismo. Así, la idea de reproducción social se amplía para incorporar los cuidados, pero también simultáneamente se amplía el concepto de cuidados para considerar como tales todos aquellos trabajos orientados al cuidado de la vida –servicios sanitarios, de atención directa, etc.– realizados fuera de los hogares.

¹² Entre las autoras que han tratado el concepto desde esta perspectiva, se encuentran Molyneux (1979), Benería (1981), Bakker (1998, 2003), Picchio (1992, 1999, 2001, 2009), Arruzza (2016).

Mucho se ha escrito y debatido sobre el cuidado¹³. En esencia, lo que denominamos cuidados es algo inherente a la vida, en particular a la vida humana, aunque no solo a esta¹⁴. Es una parte fundamental de la reproducción social, de la reproducción de las personas, de la reproducción de la vida humana. En relación a ello hay dos aspectos relevantes que tienen que ver con el tema que nos ocupa; uno que da mejor cuenta de las relaciones heteropatriarcales y el otro de las relaciones capitalistas¹⁵. En primer lugar, los cuidados (y el autocuidado) dan respuesta a diversas necesidades humanas básicas como comer cada día, mantenerse aseada/o, vivir en un espacio limpio, etc., necesidades que habitualmente pasan desapercibidas porque, al menos en la parte del planeta que habitamos, están cubiertas (o estaban antes de 2008), pero sobre todo porque están naturalizadas. Se resuelven al interior de los hogares como si fuera algo natural; pero no lo es. Ahí está la «mano invisible» (y el sexo invisible) actuando para que todo esté siempre en su lugar. Como dice Marçal (2016: 29): «Si (Adam Smith) tenía asegurada la comida no era solo porque los comerciantes sirvieran a sus intereses propios por medio del comercio. Adam Smith la tenía también asegurada porque su madre se encargaba de ponérsela en la mesa todos los días». Pero él fue incapaz de verlo y, por tanto, de teorizarlo.

Desde esta perspectiva, el cuidado se puede entender como un plus afectivo que las mujeres entregamos a hombres, niños y niñas y personas mayores y/o con alguna dificultad para desarrollar su vida cotidiana, que representa un enorme desgaste de energía femenina, denominado por alguna autora como plusvalía emocional (Hochschild, 2001). Esta es la razón por la cual la participación laboral femenina tiene un límite. Aunque las mujeres hayan reducido el trabajo doméstico y de cuidados, dedicando menos tiempo a labores como la cocina, la plancha, etc. y hayan hecho caer la fecundidad a tasas muy por debajo de las tasas de reposición, difícilmente una mujer estará dispuesta a comprometer el bienestar de la familia que de ella depende. «Todo lo que está vivo exige que se respete el límite, ese límite que permite salvaguardar sus ciclos vitales. Se trata del mismo problema que se encontrará años después respecto a la temática de la tierra» (Dalla Costa, 2006: 64). Aquí la autora ya está planteando una reflexión posterior sobre la interdependencia entre las personas y la ecodependencia con la naturaleza.

¹³ Solo destacaré algunas dimensiones relevantes para la trayectoria que ahora intento reconstruir. Para el conjunto de toda la reflexión me remito a la amplísima bibliografía existente. Como textos básicos destacan Pérez Orozco (2006a, 2014) y Carrasco *et al.* (2011).

¹⁴ La vida vegetal se automantiene si no hay una intervención humana que la destruya; la vida animal tiene distintas características según la especie, pero los que requieren más cuidados al nacer son los mamíferos, en particular las personas, que además requieren cuidados durante todo el ciclo vital.

¹⁵ No entramos en el antiguo debate sobre la relación patriarcado-capitalismo. Entendemos que el sistema es uno solo donde la confluencia de las distintas relaciones de desigualdad han ido creando una estructura específica.

Los cuidados dan cuenta de nuestra vulnerabilidad. Nacemos y vivimos en cuerpos y psiquis frágiles y vulnerables que requieren cuidados a lo largo de todo el ciclo vital: cuidados del cuerpo, en la salud, afectivos, amorosos, psicológicos. Cuidados absolutamente necesarios de realizar, que sostienen cotidianamente los cuerpos. No se trata, por tanto, de que alguien quiera o no hacerlos, ni de que me guste o no; es sencillamente una condición humana y hay que cubrirla. Rechazar los cuidados es rechazar la vida misma. En este sentido, el cuidado tiene una doble dimensión: por una parte es un derecho de cada una/o, y por otra es una responsabilidad colectiva. Si la sociedad nos permite vivir a través del cuidado, todos y todas deberíamos participar del cuidado de los/as demás¹⁶. El cuidado no es un asunto de mujeres.

La relevancia del cuidado como base de la vida y del sistema económico permite situar este trabajo en el centro de la reproducción social y a las mujeres, como sostenedoras de todo el entramado social y económico; en definitiva, de la vida misma. Efectivamente, solo la enorme cantidad de trabajo y de cuidados que están realizando desde siempre las mujeres permite que el sistema social y económico pueda seguir funcionando.

Por tanto, podemos afirmar que el trabajo de cuidados presenta un doble significado. Por una parte, a nivel macro constituye un elemento fundamental para la reproducción social, y por otra, a nivel más personal, es parte constitutiva de nuestra condición humana y determina en gran medida la vida de las personas, con diferencias notables entre mujeres y hombres (Picchio, 2010). Lo cual se traduce en una triple tensión: la que se produce entre la supuesta autonomía de la producción capitalista y su necesidad del trabajo no monetizado, la que emerge en el terreno de la vida cotidiana entre mujeres y hombres, y la tensión interna que viven las mujeres al tener que desplazarse continuamente de su papel de cuidadoras en el ámbito doméstico a un mundo mercantil que funciona con parámetros masculinos de eficiencia y competitividad (Carrasco, 2016).

Ahora bien, todos los procesos y relaciones que participan de la reproducción social no son neutros, sino que están atravesadas por diversas relaciones de poder: heteropatriarcales, capitalistas, de etnia, etc. «Debemos tener en cuenta que el ámbito de la reproducción social es también determinante en la formación de la subjetividad, y por lo tanto también de las relaciones de poder» (Arruzza, 2016: 20). Relaciones de poder y dominación múltiples que en el capitalismo se articulan y se sostienen recíprocamente, siendo difícilmente separables unas de otras; tal como he señalado anteriormente, el capitalismo es una relación social y, por tanto, con elementos de estabilidad pero también sujeto a cambios, a posibles rupturas. Conflictos que podrían alterar el orden dominante. A este respecto, el análisis desde la re-

¹⁶ Lo cual no implica que necesariamente haya que cuidar a la persona que nos cuidó o a alguna otra persona específica. Se trata sencillamente de saber cuidar, manifestar disposición para realizarlo y otorgarle el valor que corresponde.

producción social y, en particular, desde el trabajo no remunerado que participa en dicho proceso, amplía el debate y obliga a un cambio en el análisis de clase marxista, ampliándolo a otras dominaciones y/o explotaciones. Y, como se verá a continuación, permite mejores explicaciones de la crisis de la reproducción social al incorporar conflictos que van más allá de los de clase.

Mirar el mundo desde la reproducción social permitió rechazar la caracterización de las crisis como solamente económicas o financieras, y entenderlas en términos amplios, involucrando todos aquellos aspectos íntimamente relacionados con las condiciones de vida de las personas. «Solo la teoría feminista de la reproducción social... puede ofrecer una explicación convincente de la crisis actual porque tiene en cuenta la lucha contra el trabajo reproductivo y sus repercusiones en la acumulación capitalista» (Dalla Costa, 1999: 8).

Con la expansión del capital, las contradicciones sociales más locales se desplazan hacia una más universal entendida como una contradicción entre la acumulación global de capital y el mantenimiento de condiciones aceptables de reproducción social para toda la población (Bakker, 2003). Situación que, gobernada por mecanismos neoliberales que han subordinado la reproducción social a la acumulación de capital, ha producido lo que se conoce como crisis de la reproducción social, con efectos devastadores para una parte importante de la población mundial, particularmente en países menos industrializados. Todo lo cual tiene que ver con reducciones del gasto público en sanidad, educación y políticas sociales en general, procesos de privatización, desregulación y la llamada crisis de los cuidados. Como consecuencia aparece una enorme inseguridad de la vida cotidiana que presenta un orden de género, por ser las mujeres las socialmente responsables del mantenimiento de la vida: lo que se ha denominado la feminización de la supervivencia. «Podemos caracterizar la crisis de reproducción social por tres procesos vinculados entre sí: el aumento generalizado de la precariedad vital, la proliferación de situaciones de exclusión, y la multiplicación de las desigualdades sociales» (Pérez Orozco, 2014: 189). Situaciones que afectan de manera distinta al conjunto social, existiendo grupos sociales que incluso pueden haber sido favorecidos por la crisis.

La reprivatización ha implicado una mayor asunción de servicios por parte del mercado, es decir, nuevas fuentes de acumulación para el capital pero también un reforzamiento de la naturalización, una vuelta al hogar —«de donde nunca debió haber salido»— de todo lo relacionado con el cuidado, entendido socialmente como responsabilidad femenina. En conjunto, implica una intensificación de la explotación en el sentido de traspasar más trabajo a los hogares, en particular a aquellos de menores niveles de renta. La desposesión del trabajo no remunerado es parte constituyente del capitalismo, y como tal es un proceso continuo, aunque durante las crisis el proceso de privatización la agudiza. Y si la acumulación originaria fue violenta, esta también lo es, de otra manera pero también violenta. Más lenta, continua, a lo

largo de toda la vida, con explotación diaria, marcando las relaciones y las formas de vida, expoliando cada día las energías y los tiempos de millones de mujeres¹⁷.

Se ha señalado que en el sur global hay una crisis de reproducción social, entendida como la dificultad de reproducir la vida en condiciones dignas, o simplemente que sea vida y no un ejercicio de supervivencia. En cambio, en el norte global, el tema estaría localizado en una dimensión específica de dicha crisis –el problema del cuidado de las personas, particularmente mayores–, denominada crisis de los cuidados. Sin embargo, creo que en términos generales podemos hablar, tanto en el sur como el norte global, de una crisis de la reproducción social, con características y grados muy diferentes, mucho más agudos en el sur global.

La cada vez mayor participación laboral de las mujeres, el notable envejecimiento demográfico debido en gran parte a la caída de la fecundidad y la escasa responsabilidad social y masculina en el cuidado de la población condujo a la llamada crisis de los cuidados: la supuesta oferta infinita de trabajo de las mujeres no era tal. Sobre las características de dicha crisis se han escrito muchas páginas¹⁸. Aquí solo quiero destacar algunos aspectos relacionados con el tema que nos ocupa. En primer lugar, al no haber respuesta social al problema, las clases medias y altas buscaron una pseudo solución: contratar mujeres pobres de países más pobres para que asumieran una situación a la que nosotros no fuimos capaces de dar respuesta: el cuidado de nuestra población. Un cierre reaccionario a la crisis como señaló Amaia Pérez Orozco (2010), puesto que como es obvio no es solución generalizable a toda la población mundial, ni tan siquiera a la población local. Hochschild, ya en 2001, nos alertó sobre esta situación hablando de cadenas mundiales de afecto, posteriormente conocidas como cadenas mundiales de cuidados.

Esta globalización del cuidado nunca ha sido tratada por los economistas como parte de los procesos de globalización. Nuevamente, una invisibilización de los trabajos de cuidados pero que ahora oculta un conflicto globalizado: un proceso de desposesión (del trabajo no remunerado) a nivel global, necesario para una reestructuración del capitalismo, un nuevo orden mundial de acumulación que permita recuperar tasas de ganancia en el norte global, un atentado brutal a las

¹⁷ De acuerdo con la información de la última Encuesta de Empleo del Tiempo 2009/2010 realizada por el INE, se observan tres hechos fundamentales: primero, en relación a los hombres, las mujeres trabajan aproximadamente una hora más diaria, considerando ambos trabajos; segundo, los trabajos están distribuidos de manera muy desigual: ellas dedican aproximadamente dos tercios del tiempo que dedican ellos al trabajo de mercado; en cambio, ellos dedican menos de la mitad del tiempo que dedican ellas al trabajo doméstico y de cuidados, y tercero, para vivir en las condiciones que está viviendo la sociedad española, por persona y día se dedica más tiempo al trabajo realizado en los hogares que al trabajo de mercado (32 minutos diarios de diferencia). Todo ello, teniendo en cuenta que el trabajo de cuidados no queda bien recogido y que, por tanto, su valor real sería muy superior al que ofrecen las encuestas.

¹⁸ Una de las autoras de referencia en el tema es Amaia Pérez Orozco. Ver fundamentalmente Pérez Orozco (2009, 2010, 2011, 2013) y Pérez Orozco y Gil (2011).

condiciones de vida de las personas del llamado sur global. Sorprende la capacidad de ocultamiento del papel de las cadenas de cuidados, sin las cuales sería muy difícil entender la organización social y laboral actual en el norte global. Las cadenas de cuidados son una de las respuestas desarrolladas por las mujeres como estrategia de supervivencia; transnacionalización de trabajo que ha intensificado las diferencias y desigualdades entre las propias mujeres –tanto del norte como del sur–, particularmente en razón de la clase y la etnia. Más aún, es la propia situación la que exige la perpetuación de las desigualdades entre las mujeres: «Si el salario hora de una limpiadora no sigue siendo considerablemente inferior al de la persona que de otra manera se ocuparía de la limpieza (la mujer en la familia occidental), ya no compensará contratar ayuda doméstica» (Marçal, 2016: 65). Nuevamente, estrategias feminizadas, globalizadas e invisibilizadas en un intento de mantener las condiciones de vida de las personas del hogar. El problema fundamental es que el trabajo doméstico y de cuidados no se discute en el terreno de lo político, se oculta su dimensión social y se deja la posible «solución» en manos de las mujeres. Nuevamente, doble tensión. Por un lado el capital atacando las formas de vida, insistiendo en la desposesión y, por otro, las mujeres resistiendo, intentando mantener la vida incluso a costa de la propia. Conflicto (con mayúscula) capital-vida.

5. RUPTURA Y SOSTENIBILIDAD: LA VIDA EN EL CENTRO

La crisis multidimensional, o crisis de reproducción social no ha sido, como se ha pretendido mostrar, una crisis económica financiera sino algo que va mucho más allá: una profunda agudización de los mecanismos de explotación del sistema socioeconómico –capitalista heteropatriarcal– que tiene como objetivo la acumulación y el beneficio individual. Un sistema depredador al que no le preocupan las condiciones de vida de las personas, que en su afán de lucro está poniendo en peligro el planeta y las condiciones ambientales de vida, que mantiene condiciones de trabajo inaceptables a una parte relevante de los y las trabajadores y que se aprovecha del trabajo de cuidado de las mujeres para disponer de fuerza de trabajo a costes muy por debajo del real.

El lema «no es una crisis, es el sistema» expresado por el 15M en 2011 en Madrid, delataba de forma magistral en siete palabras la insostenibilidad del sistema. Ponía en evidencia la imposibilidad estructural del modelo de acumulación capitalista para dar respuesta a las necesidades vitales de las personas. Existen un conjunto de eslabones que deberían sostener la vida, pero que en el sistema en que vivimos se muestra totalmente insostenible (Carrasco y Tello, 2011).

En el nivel más básico se sitúa la naturaleza, de la cual depende y ha dependido siempre la vida. Ser sostenibles en ese primer nivel básico significa mantener esta relación de interdependencia de nuestras sociedades con la naturaleza, dentro de una senda coevolutiva –siempre abierta y cambiante– que resulte perdurable desde

el punto de vista de los recursos naturales y servicios ambientales tanto para las generaciones futuras como para las actuales universales. Sin embargo, la interacción que mantienen con ella la economía capitalista, la sociedad patriarcal y una cultura tecnológica androcéntrica, son las responsables de los crecientes problemas ecológicos locales y globales. A lo cual hay que añadir –más allá de los graves problemas de desigualdad, pobreza y miseria ya existentes– las nuevas formas de empobrecimiento derivadas de la propia degradación ambiental.

En segundo lugar se sitúa el ámbito del cuidado. Cuando surge la vida, hay que cuidarla, particularmente la vida humana, en razón de su enorme vulnerabilidad. Para nosotras, es el ámbito fundamental, ya que es el centro de creación y recreación de vida. Ahí crecemos, nos socializamos, adquirimos una identidad, etc. a través de bienes, servicios y cuidados emocionales producidos fundamentalmente por las mujeres, que han asumido la responsabilidad de una tarea dura y silenciosa que ha sido devaluada por la sociedad heteropatriarcal y nunca reconocida por la economía.

En tercer lugar encontramos lo que denominamos las comunidades. Como todos los demás, este también es un espacio que se ha ido modificando a lo largo de la historia. Desde tiempos pretéritos y hasta épocas muy recientes, el espacio de los hogares y el de las comunidades mantenían relaciones muy fluidas y estrechas. Las condiciones de vida vigentes conllevaban producir, trabajar y vivir en un medio social colectivo mediante relaciones muy poco mercantiles donde predominaba, o subsistía, la gestión comunal de bastantes recursos naturales básicos. Actualmente, aunque estas formas de comunidades siguen existiendo de forma minoritaria, se ha ido creando otro tipo de comunidades y redes sociales muy diversas, geográficamente cercanas o no, que siguen siendo de vital importancia para la participación ciudadana y la cohesión social.

Como cuarto eslabón de la cadena aparecen los Estados. El funcionamiento del sistema capitalista requiere de la existencia del Estado, por la sencilla razón que sin las normas, leyes o regulaciones que establece y obliga a cumplir, a través de la coerción o represión, el intercambio mercantil difícilmente podría desarrollarse. Ahora bien, para cumplir bien su cometido –estar al servicio de poderes económicos privados– los Estados y sus gobiernos necesitan legitimarse, y lo hacen aprovechando culturas, sentimientos religiosos, relaciones heteropatriarcales presentes en la sociedad. De aquí que cualquier nueva propuesta de transformación social más allá del capitalismo debe redefinir las funciones que el Estado o cualquier otra forma de organización social debe asumir como engarce entre la producción extra doméstica¹⁹, las comunidades, los espacios domésticos del cuidado y la naturaleza.

Finalmente se sitúa la producción de mercado capitalista, que acostumbra irónicamente a llamarse economía real (como si todo lo nombrado anteriormente fuese

¹⁹ Denomino producción extra doméstica a aquella que tendría lugar fuera de los hogares. Probablemente funcionaría en un mercado, pero tendría que ser en mercados cuyas leyes fuesen totalmente distintas a las que rigen en los mercados capitalistas.

virtual), incluye la producción de bienes y servicios producidos por las empresas para el mercado (u ofrecidos por el sector público cuyo destino es el mercado), siendo su único objetivo la obtención del máximo beneficio; sin tener en cuenta para ello las condiciones de vida de las personas, que pasan a ser una «externalidad», ni los efectos sobre la naturaleza.

Ahora bien, los eslabones de la cadena están íntimamente relacionados entre sí, presentando fuertes relaciones de dependencia y de expolio entre ellos. Para nuestro objetivo, interesa mencionar, en primer lugar, la dependencia de toda la cadena en el primer eslabón. Los problemas ecológicos que vivimos actualmente: agotamiento de recursos, contaminaciones diversas, etc., son ocasionados por nuestra estructura actual de producción y consumo, que solo tiene en cuenta el crecimiento económico sin preocuparse de mantener una relación equilibrada con el medio ambiente, en pocas palabras, un expolio de la naturaleza por parte de la producción capitalista.

En segundo lugar, la dependencia mutua entre el espacio de producción capitalista y el ámbito del cuidado: en nuestra sociedad, la gran mayoría de la población requiere del salario para adquirir en el mercado bienes y servicios necesarios para su mantenimiento y las empresas requieren de la fuerza de trabajo que les ofrecen los hogares a un valor por debajo de su coste. Proceso que significa un segundo expolio por parte del capitalismo, esta vez dirigido al trabajo no remunerado realizado básicamente por las mujeres.

Por otra parte, los eslabones están atravesados por distintas relaciones de desigualdad: capitalistas, heteropatriarcales, de etnia, neocoloniales..., que atraviesan toda la cadena. Pero también encontramos en los eslabones de la base de la cadena y en algunos intersticios de los eslabones superiores, relaciones de reciprocidad, de afecto y/o de donación. Todas estas relaciones se entrecruzan, cohabitando algunas de ellas, simultáneamente, en determinados ámbitos, épocas o lugares. Lo importante y necesario es hacerlas explícitas para transformar las actuales relaciones de explotación capitalistas y heteropatriarcales en relaciones de tipo solidario y cooperativo (Carrasco y Tello, 2011).

La representación de la forma de funcionamiento del sistema a través de la cadena de sostén ha sido identificada simbólicamente como «economía del iceberg». Por encima de la línea de flotación estaría el Estado y la producción y mercado capitalista, espacios que existen solo desde hace aproximadamente cuatro siglos. En cambio, por debajo de la línea se sitúa la naturaleza, la economía del cuidado y las comunidades, es decir, los espacios que mantienen la vida humana. Espacios que quedan ocultos a la disciplina económica, lo cual le permite eludir toda responsabilidad sobre las condiciones de vida de las personas. Estos espacios –fundamentos del «iceberg»– son transistémicos, han existido en todos los sistemas socioeconómicos aunque con distintas características, pero siempre con la función de la sostenibilidad de la vida.

Resumiendo, el actual funcionamiento de nuestras sociedades basadas en el máximo beneficio privado es totalmente insostenible. La acumulación y la sostenibilidad de la vida tienen lógicas distintas, ritmos y requerimientos distintos; son objetivos no reconciliables; se opta por uno de ellos y el otro queda bajo el dominio y al servicio del primero. La producción y mercado capitalista está minando las bases de sustentación del sistema social. Los mercados capitalistas se sitúan en el epicentro de la estructura socioeconómica: sus procesos, ritmos y lógicas se imponen al conjunto social y ponen a la vida, en sentido amplio, a su servicio. Tienen poder para imponer su propio proceso y legitimar sus necesidades como si fueran los de todo el conjunto social (Pérez Orozco, 2014).

La naturaleza y el trabajo doméstico y de cuidados son los dos pilares básicos en que se apoya el sistema económico actual. Y aunque se les quiera ignorar, sin ellos el sistema se derrumbaría. Parte del crecimiento económico y del beneficio proviene de estas dos fuentes: se aceleran los ritmos de explotación o extracción de recursos naturales, y se intensifica el trabajo de cuidados realizado fundamentalmente por las mujeres.

Situación que nos conduce a la pregunta ¿qué queremos decir cuando hablamos de sostenibilidad de la vida? El término lo utilicé por primera vez en un artículo de 2001, «La sostenibilidad de la vida humana, ¿un asunto de mujeres?», y desde entonces me ha parecido una idea potente, necesaria de seguir profundizando y ampliando y a la cual he dedicado algunas páginas más, tanto a nivel individual como en colaboración²⁰.

El concepto de sostenibilidad de la vida es complejo por las múltiples dimensiones que implica, pero en mi opinión, presenta ventajas en relación al de reproducción social. Es más explícito en plantear que el objetivo es la vida (humana y no solo), permite de forma más clara dar cuenta de la profunda relación entre lo económico y lo social, considera las múltiples interdependencias e interrelaciones entre lo ecológico, lo económico, lo social y lo humano, planteando como prioridad, como objetivo fundamental, las condiciones de vida de las personas, mujeres y hombres y, explícitamente, es una apuesta política para transformar las relaciones de poder capitalistas-heteropatriarcales. Ocultar las relaciones de interdependencia relacional solo conduce a una sostenibilidad imposible. Es necesario hacerlas transparentes si se pretende transformar las actuales relaciones de explotación (de la economía de mercado capitalista sobre el planeta y sobre el ámbito doméstico) en relaciones cooperativas y respetuosas.

²⁰ Entre estos últimos destaco especialmente dos: el primero, escrito en 2006 en colaboración con dos amigas, Anna Bosch (de quien ya no podemos disfrutar) y Elena Grau, donde se planteaban puntos de encuentro entre el feminismo y el ecologismo; y, el segundo, escrito con Enric Tello en 2011 y comentado más arriba. Como fruto de sucesivos encuentros en cursos de verano de la Universidad Complutense de Madrid en El Escorial, compartidos con amigos de la Red de Economía Crítica, publicamos en el número 14 de la Revista de Economía Crítica (2012) un artículo que llevaba por título *Por una economía inclusiva. Hacia un paradigma sistémico*. El objetivo era realizar una aportación al proceso de construcción de un marco general de interpretación de la actividad económica desde distintos enfoques: la economía ecológica, la economía feminista y la economía política.

En artículos anteriores había definido la sostenibilidad de la vida partiendo de dos principios que necesariamente deben tratarse interrelacionados, a riesgo de desvirtuar el objetivo (Carrasco, 2014; Carrasco *et al.*, 2014; Carrasco, 2016). El primer principio es universal, riguroso y sensato, de tal manera que, si se es honesto/a en el análisis de la realidad socioeconómica, es imposible eludirlo. Se trata de la idea de reproducción tratada anteriormente: si no se dan las condiciones de reproducción, la sociedad no tiene asegurada su continuidad. En este concepto de reproducción se entiende que se mantiene una relación de ecoddependencia respetuosa con la naturaleza, evitando su degradación y asegurando la vida de generaciones presentes y futuras. El segundo principio es ético-político-ideológico y, por tanto, no tiene porqué ser universal. Depende de cómo cada una o uno establezca sus objetivos o prioridades sociales. Desde la economía feminista se hace una ruptura con el objetivo de las sociedades capitalistas centrado en el beneficio privado y se plantea que el objetivo social debieran ser las personas –mujeres y hombres de todas las edades– y sus condiciones de vida; en breve, lo que se denomina el buen vivir o el bienestar. Por tanto, vemos que reproducirse es condición necesaria para la permanencia en el tiempo, pero no es condición suficiente para una vida buena.

Sabemos que existe la urgente necesidad de hacer visible la parte oculta del iceberg, mostrar su funcionamiento y dar valor a las bases de sustentación de la vida. Para lo cual debemos eliminar el iceberg, al menos en su forma actual. Los eslabones superiores tendrían que transformarse en formas de organización distintas a los Estados y a la producción capitalista actuales. Y las relaciones heteropatriarcales deberían ir dando paso a relaciones más igualitarias de reciprocidad y solidaridad entre mujeres y hombres.

Para que la vida sea sostenible, los distintos ámbitos deben conformar una sostenibilidad multidimensional, siendo cada uno de ellos sostenible en interdependencia con los demás. No se trata, por tanto, de intentar un equilibrio entre los distintos espacios, que sería la mirada particular de quienes tienen el poder; sino de cambiar el paradigma, de girar la mirada.

El análisis desde la sostenibilidad permite observar las posibilidades de continuidad de la sociedad, no solo para el período presente a nivel universal sino también para las próximas generaciones; pero además, constatar la calidad de vida y el nivel de equidad y justicia social que vive la población, mujeres y hombres (Carrasco, 2014). Se trata de un concepto dinámico donde importa tanto el análisis del conflicto como el del posible cambio, debatiendo continuamente cómo se crea, recrea y gestiona el poder. La pareja poder y economía es indisoluble. «El concepto de sostenibilidad de la vida no pretende captar esencias, sino procesos (...) busca abrir un espacio al conjunto de relaciones sociales que garantizan la satisfacción de las necesidades de las personas y que están en estado de continuo cambio» (Pérez Orozco, 2006b: 234). En definitiva, sostener la vida –eliminar la desposesión– representa disipar el conflicto capital-vida, desplazando el objetivo de la acumulación de capital a la centralidad de la vida.

Situar como objetivo la vida humana se traduce en el terreno concreto de las personas en poder desarrollar una vida digna y satisfactoria, unas buenas condiciones de vida, o lo que se conoce en la tradición andina como el buen vivir. Nombres distintos que pretenden dar cuenta de algo semejante, pero cuyo contenido no es fácil definir²¹. En cualquier caso, se trata de procesos que no tienen fin, que están en continua redefinición, construcción y reproducción, que se van construyendo en la práctica. Que son campos de ideas en permanente debate con algunos principios comunes: no explotar a la naturaleza y erradicar la explotación humana de cualquier tipo; es decir, separar lo que significa calidad de vida del crecimiento económico y las relaciones heteropatriarcales (Carrasco, 2014). Pero teniendo en consideración un aspecto que normalmente no es tenido en cuenta, a saber, la importancia de los cuidados en la idea del buen vivir: las necesidades humanas son de bienes y servicios pero también de relaciones afectivas, emocionales y de cuidados (Picchio 2001, 2009; Pérez Orozco 2006a, 2011, 2014; Carrasco y Tello, 2011; León, 2014).

El bien-estar es una experiencia individual (no hablamos de felicidad individual) pero necesariamente se experimenta y resuelve en colectivo, con relaciones comunitarias y solidarias, aceptando la diversidad. El buen vivir o bien-estar no se entiende si no es universal; universalidad global incorporando las distintas categorías que hoy definen desigualdades. Todas las vidas deben ser sostenibles y todos y todas deberíamos participar en ello.

Ahora bien, plantearse la centralidad de la vida da significado a la frase, actualmente casi convertida en eslogan, «la vida en el centro», que —desde que fuese acuñada hace aproximadamente tres lustros— ha ido siendo paulatinamente asumida por diversos colectivos sociales y organizaciones emancipatorias. Difusión y generalización muy positiva, que refleja el malestar con el actual sistema socioeconómico y la necesidad de una profunda transformación. Sin embargo, la repetición de la frase la ha ido vaciando de contenido. Lo cual nos enfrenta con urgencia a un nuevo desafío: ¿Qué significa situar la vida en el centro? ¿De qué vida estamos hablando? «Demanda que no es una demanda al interior del orden preexistente, no es un registro más en el marco de lo comunicable, sino la irrupción de lo indecible en ese marco que pone en cuestión el marco mismo» (Zamora, 2014: 26).

6. EPÍLOGO: LOS DIÁLOGOS NECESARIOS

Las respuestas a las preguntas anteriores dependen de todas las personas que estamos por el mismo objetivo, son diálogos urgentes y necesarios para construir lo

²¹ Aunque disponemos de antecedentes importantes. Por una parte, las reflexiones sobre las necesidades básicas iniciadas a principios de los años ochenta del siglo XX y, por otra, las ideas de las capacidades y del bienestar multidimensional definidas originalmente por Amartya Sen. Entre estos/as autores/as están Ingrid Robeyns y Antonella Picchio que —a diferencia de los autores masculinos— incorporan el cuidado como una necesidad humana universal.

común. La dificultad estriba en que no siempre hablamos el mismo lenguaje, siendo habitualmente en las relaciones heteropatriarcales donde se originan los puntos de desencuentro. Razón por la cual es más fácil y produce mayor cercanía hablar de los lugares comunes y no de los problemas. Pero debemos abordarlos.

Llegado este punto, hay que recordar que desde el feminismo hace ya tiempo que se advirtió sobre la falsa neutralidad del universal. O, dicho de otra manera, cualquier concepto definido y/o utilizado en términos genéricos, difícilmente será neutro. El lenguaje no es neutro, no lo son nuestras sociedades, ni lo es la situación de mujeres y hombres en ellas. «El lenguaje crea aquello que nombra y oculta aquello que no nombra que se convierte en ese “otro” que otorga significado por su negación y ocultación» (Pérez Orozco, 2006b: 240). El orden heteropatriarcal –como orden lógico dominante– actúa de forma que modela nuestro simbólico desde el inicio de nuestras vidas. Naturaliza las relaciones y construye nuestra mirada del mundo. Una mirada masculina que raramente tiene en cuenta la experiencia femenina. En consecuencia, la vida en el centro puede ser entendida de manera distinta desde una mirada de mujer o de una mirada masculina, desde una perspectiva ecológica, marxista o feminista. Si tuviésemos todos y todas la misma mirada, no serían tan difíciles las alianzas alrededor de algo tan obvio, al menos entre personas que estamos por el mismo objetivo.

Un tema tan complejo hay que pensarlo y vivirlo desde el entorno más cercano hasta el funcionamiento de la estructura global, combinando experiencia con reflexiones más teóricas. En el primer nivel, el ámbito cercano de la vida cotidiana deberíamos comenzar a pensar, individual y colectivamente, qué significa situar la vida en el centro en el entorno familiar, en el espacio laboral, vecinal, etc. ¿Estamos experimentándolo? ¿Qué dificultades surgen? ¿Qué restricciones existen? ¿En qué red de relaciones de poder estamos situados/as?

A un nivel más estructural, creo que es conveniente –y nos ayudaría a visualizar los problemas– pensar sobre temas transversales que podrían dar origen a medidas de transición. Estamos habituadas/os a reflexionar sobre ámbitos determinados y mirados como si fuesen independientes (ecologistas, feministas, marxistas, etc.), como escenarios en disputa. El urgente desafío es pensar en relación con los demás.

Para ejemplificar lo anterior, me atrevo a dar algunas pinceladas sobre un tema claramente transversal y complejo: la organización de los tiempos. Este afecta a todos los ámbitos de la organización social y económica. Además, la posibilidad de la gestión del propio tiempo es un tema clave para la calidad de vida de las personas, y de forma muy especial para las mujeres. Mucho se ha dicho en relación a la doble presencia/ausencia de las mujeres, tema relacionado con los tiempos de trabajo, los tiempos de cuidado y las tensiones que esto significa para ellas en la vida cotidiana. Pero entonces, ¿Cómo se prioriza? ¿Cómo se redistribuyen? ¿Cómo se visibilizan los problemas?

Consideremos tres ámbitos fundamentales –aunque no los únicos– para el sostenimiento de la vida. El ámbito de la naturaleza, el del cuidado y el de producción extradoméstica. Los tiempos que rigen cada uno de ellos son diferentes²². El relacionado con la producción extradoméstica, en la forma de producción capitalista actual, es un tiempo reloj que exige velocidad para ser más productivo, es un tiempo dinero, un tiempo que no se puede «perder», un tiempo cuantitativo que, en la forma actual de organización social, condiciona, obliga y determina el resto de los tiempos. Los tiempos ecológicos tienen su propio ritmo, ritmos que debieran ser absolutamente respetados y no violentados como sucede actualmente donde el crecimiento se consigue a base de ampliar el abanico de recursos naturales apropiados y acelerar los ritmos de su explotación o extracción. Finalmente, los tiempos de cuidados son tiempos de relación, imposibles de cronometrar por medio del reloj, la velocidad no es un valor sino lo contrario, reduce la calidad del cuidado y de la relación.

Entonces, ¿cómo pensamos y organizamos los tiempos de producción para que sean respetuosos con los tiempos ecológicos y con los tiempos de cuidados y relación? ¿Cómo organizamos los tiempos sociales para que nos permitan realizar una vida cotidiana sin «angustias» de tiempo? ¿Cómo cambiamos el simbólico actual sobre el valor del tiempo para poner «la vida en el centro»? Normalmente es más fácil intentar cambiar lo visibilizado, lo que tiene lugar en el espacio público. De ahí que se desarrollen formas cooperativas de producción, pero que difícilmente tienen en consideración el nexo con las necesidades de cuidados. Tal vez también habría que pensar en formas alternativas de lo invisibilizado, es decir, formas comunitarias de realizar el cuidado; lo cual podría ofrecer más flexibilidad a los tiempos de ambos trabajos.²³

Soy y somos conscientes que intentar pensar desde una perspectiva alternativa centrada en la sostenibilidad de la vida humana de un modo que resulte a la vez complejo, articulado y operativo resulta una tarea difícil y arriesgada. Pero no soy ni somos ingenuas, sabemos las dificultades que ello supone. No es tarea fácil intentar cambiar los poderes –económico capitalista, patriarcal y otros– que gobiernan y estructuran las instituciones, las relaciones y el simbólico social con objetivos totalmente antagónicos a los aquí planteados y que presentan, además, una enorme capacidad para reproducirse a través de múltiples planos: político, ideológico, militar, familiar, etc. Pero no hacerlo supone también permitir que se refuerce el paradigma imperante que atenaza nuestro devenir de un modo cada vez más insostenible. No pretendo ni mucho menos agotar el tema –que se sabe muy complejo y de largo recorrido–, solo contribuir a una reflexión necesariamente abierta y democrática que nos permita ir vislumbrando alternativas para construir un mundo vivible.

²² Este tema comenzamos a tratarlo en Bosch *et al.*, 2005.

²³ Esto rápidamente nos podría llevar a otro tipo de problemas que están fuera del espacio de este artículo, a saber, las consecuencias de decisiones individuales, como son las de tener hijos/as, ¿tiene que asumirlas la comunidad?, ¿qué comunidad?, ¿la familiar, la laboral o la sociedad en su conjunto?, ¿y de qué manera?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGRA, M.J. (1999): «El alcance de la justicia y las complejas desigualdades de género», en Margarita Ortega *et al. Género y ciudadanía*, Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- ARRUZZA, C. (2016): «Reflexiones degeneradas: patriarcado y capitalismo», en <https://marxismocritico.com/category/feminismo-marxista/>
- BAKKER, I. (1998): *Unpaid Work and Macroeconomics: New Discussions, New Tools for Action*, Ottawa: Status of Women Canada.
- (2003): «Neo-Liberal Governance and the Reprivatization of Social Reproduction: Social provisioning and Shifting Gender Orders», en Bakker y Gill, *Power, Production, and Social Reproduction*, New York: Palgrave Macmillan: 66-82.
- BARCELÓ, A. (1981): *Reproducción económica y modos de producción*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- BENERÍA, L. (1981): «Reproducción, producción y división sexual del trabajo», *Mientras Tanto*, 6: 47-84.
- BOSCH, A. *et al.* (2005): «Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo», en Enric Tello, *La historia cuenta*, Barcelona: El Viejo Topo: 321-346.
- BRYCESON, D.; VUORELA, U. (1984): «Outside the Domestic Labor Debate: Towards a Theory of Modes of Human Reproduction». *The Review of Radical Political Economics*, vol. 16 (2/3): 137-166.
- CAFFENTZIS, G. (1999): «On the Notion of a Crisis of Social Reproduction: A Theoretical Review», en Dalla Costa y Dalla Costa, op. cit.: 153-188.
- CARRASCO, C. (1991): *El trabajo doméstico. Un análisis económico*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- (2001): «La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?», *Mientras Tanto*, 82: 43-70.
- (2014): «La economía feminista: ruptura teórica y propuesta política», en Carrasco (ed.) *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política*. Madrid: La oveja roja: 25-48.
- (2016): «Sostenibilidad de la vida y ceguera patriarcal. Un debate inacabado». *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*. (en prensa).
- CARRASCO, C. *et al.* (1991): *El trabajo doméstico y la reproducción social*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- (2011): *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Los libros de la catarata.
- (2014): «Expolio y servidumbre: apuntes sobre la llamada deuda de cuidados». *Revista de Economía Crítica*, 18: 48-59.
- CARRASCO, C.; TELLO, E. (2011): «Apuntes para una vida sostenible», en Maria Freixanet (coord.), *Sostenibilitats. Politiques públiques des del feminisme i l'ecologisme*. Col·lecció Grana N° 30. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials:13-53.
- DALLA COSTA, M. (1977): «Las mujeres y la subversión de la comunidad», en Dalla Costa y James op. cit.
- (2006): «La sostenibilidad de la reproducción: de luchas por la renta a la salvaguardia de la vida», en *Laboratorio feminista*, op. cit.: 59-78.
- (2009): *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*. Madrid: Akal.
- DALLA COSTA, M.; JAMES, S. (1977): *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*. México: Siglo XXI: 22-65. (e.o. 1972).
- DALLA COSTA, M.; DALLA COSTA, G. (eds.) (1999): *Women, Development and Labor of Reproduction*. Eritrea: Africa World Press.
- DEL RE, A. (1998): «El Estado del Bienestar, las mujeres y las políticas sociales en el seno de la UE», en Paloma de Villota (ed.), *Las Mujeres y la Ciudadanía en el umbral del siglo XXI*, Madrid: Ed. Complutense.
- DOWBOR, L. (1994): *La reproducción social*. México: Siglo XXI.
- EZQUERRA, S. (2012): «Acumulación por desposesión, género y crisis en el Estado español», *Revista de Economía Crítica*, 14: 124-147.
- FEDERICI, S. (2010): *Calibán y la bruja*. Madrid: Traficantes de sueños. (e.o. 2004).
- GALCERÁN, M. (2009): «Prólogo», en Dalla Costa, op. cit.: 5-19.

- HARVEY, D. (2004): *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal
- (2012): *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal. (e.o. 2010).
- HOCHSCHILD, A.R. (2001): «Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional», en Giddens y Hutton (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Barcelona: Tusquets Editores: 187-208. (e.o. 2000).
- HUMPHRIES, J.; RUBERY, J. (1984): «The Reconstitution of the Supply Side of the Labour Market: the Relative Autonomy of Social Reproduction», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 8 (4): 331-346.
- LABORATORIO FEMINISTA (2006): *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista*. Madrid: Tierradenadie Ediciones.
- LEÓN, M. (2014): «Economía solidaria y buen vivir. Nuevos enfoques para una nueva economía», en VVAA, *Sostenibilidad de la vida. Aportaciones desde la Economía Solidaria, Feminista y Ecológica*. REAS Euskadi: 43-54.
- MARÇAL, K. (2016): ¿Quién le hacía la cena a Adam Smith? Una historia de las mujeres y la economía. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial (e.o. 2012).
- MARX, K. (1976): *Salario, precio y ganancia*. Beijing, República Popular China: Ediciones en Lenguas Extranjeras (e.o. 1865).
- MIES, M. (1987): *Patriarchy and Accumulation on a World Scale. Women in the International Division of Labour*. Londres: Zed Books.
- MOLYNEUX, M. (1979): «Beyond the Domestic Labour Debate». *New Left Review*, 116: 3-27.
- PASINETTI, L. (1983): *Lecciones de teoría de la producción*. Madrid: Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1975).
- PATEMAN, C. (1966): «Críticas feministas a la dicotomía público/privado», en Carmen Castells (comp.) *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona: Paidós.
- PÉREZ OROZCO, A. (2006a): *Perspectivas feministas en torno a la economía. El caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- (2006b): «La economía: de icebergs, trabajos e (in)visibilidades», en Laboratorio Feminista, op. cit.: 233-253.
- (2009): *Cadenas globales de cuidados: ¿qué derechos para un régimen global de cuidados justos?* Santo Domingo, UN-INSTRAW. Disponible en Internet.
- (2010): «Diagnóstico de la crisis y respuestas desde la economía feminista». *Revista de Economía Crítica*, 9: 131-144.
- (2011): «Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida», *Investigaciones Feministas*, 2: 29-53.
- (2013): «Global Care Chains: Reshaping the Invisibilized Foundations of an Unsustainable Development Model», en Zahra Meghani (ed.), *Women Migrant Workers*. Routledge.
- (2014): *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- PÉREZ OROZCO, A.; LÓPEZ GIL, S. (2011): *Desigualdades a flor de piel. Cadenas globales de cuidados. Concreciones en el empleo de hogar y las políticas públicas*, Madrid: ONU Mujeres.
- PICCHIO, A. (1992): *Social Reproduction: the Political Economy of the Labour Market*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1999): «Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social», en Cristina Carrasco (ed.), *Mujeres y Economía*, Barcelona: Icaria: 201-242.
- (2001): «Un enfoque macroeconómico “ampliado” de las condiciones de vida», en Cristina Carrasco (ed.), *Tiempos, trabajos y género*, Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona: 15-37.
- (2009): «Condiciones de vida: Perspectivas, análisis económico y políticas públicas», *Revista de Economía Crítica*, 7: 27-54. www.revistaeconomiacritica.org.
- (2010): «Vulnerable Bodies, Total Work and Caring Relationships: A New Economic Perspective», en Tindara Addabbo et al., *Gender Inequalities, Households and the Production of Well-Being in Modern Europe*. Farnham: Ashgate: 59-74.
- SRAFFA, P. (1966): *Producción de mercancías por medio de mercancías*. Madrid: Oikos Tau. (e.o. 1960).
- SMITH, A. (1994): *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza. (e.o. 1776).
- VARA, M.J. (coord.) (2006): *Estudios sobre género y economía*. Madrid: Akal.
- ZAMORA, J. (2014): «Las crisis y sus víctimas». *Contraste*, 22.